

LA DOCTRINA DE FREUD

Por **HONORIO DELGADO**

La muerte, que Freud esperaba desde hace varios años,* ha puesto término a una inmensa e infatigable producción original. Su conjunto manifiesta que en el fundador del psicoanálisis se debe considerar tan importante el talento del expositor y argüidor imaginativo como la inclinación a inquirir las cosas humanas. En él no son gala accesoria del genio la artística y suasoria manera de exponer las observaciones clínicas ni la predilección por hilvanar sus posiciones en serie, combinándolas a menudo con asuntos de ficción. Y no se puede achacar a capricho que alguna vez declarase Freud que hubo de resistir a la tentación de dedicarse a novelista de la vida íntima de sus enfermos y que la última de sus obras haya sido una hermenéutica de la religión de los primitivos hebreos basada en la hipótesis de que Moisés fuese egipcio.

No es nuestra intención ocuparnos aquí de la habilidad literaria de Freud, sino del fondo de su pensamiento. Pero deseamos indicar que no creemos extraños a su vena novelesca los defectos de su construcción teórica, así como la gran popularidad de ésta (aparte, naturalmente, del "escándalo" anexo a la cuestión sexual y de la "revolución" contra las buenas costumbres que apareceja el cómedo relativismo materialista). Así tenemos un indicio para distinguir, hasta donde nos sea posible, lo que hay de firme en la doctrina psicoanalítica original de lo que es demasía heurística o sutileza de sistema, lo que es fruto de la observación certera, de la construcción desiderativa a base de meros vislumbres.

Antes de entrar en materia es pertinente que dejemos en claro nuestra actitud respecto del movimiento psicoanalítico. Reconoce-

* En la autobiografía que publicara en 1925 Freud daba por terminada su obra en estos términos: "advertido de mi próximo fin por una grave enfermedad, puedo pensar con íntima tranquilidad en el término de mi propia producción". (*Die Medizin der Gegenwart in Selbstdarstellungen*, t. IV, Leipzig, 1925, p. 39.)

mos que es motivo de satisfacción para nosotros haber abrazado con entusiasmo en la juventud las ideas de Freud y haber estudiado asiduamente después su producción, así como la de sus seguidores y sus críticos. El hecho es que cebado nuestro espíritu por la pasión de Nietzsche — inspirador de Freud — al iniciar los estudios de medicina, acogimos con extrema curiosidad las primeras nociones acerca de la psicología de los abismos del alma. Entre las lecturas iniciales recordamos el par de artículos que Freud publicara en “*Scientia*” el año 1913, cuyo efecto fué promover en nosotros la búsqueda deliberada de las fuentes. El primer libro sistemático que estudiamos en seguida fué **Psychoanalysis. Its theories and practical applications**, de A. A. Brill, al que siguieron las traducciones inglesas de las obras de Freud y prácticamente todas las obras existentes por entonces en los idiomas que nos eran conocidos. El aprendizaje del alemán acabó de abrirnos la perspectiva. Años después, en casa del propio Freud, nos decía la princesa María Bonaparte que gracias al psicoanálisis el alemán se hacía idioma internacional. Sin duda esta es una afirmación exagerada, pero corresponde a la verdad en nuestro caso — afortunadamente el precioso instrumento verbal nos sirvió para lograr muchas otras adquisiciones.

La práctica del psicoanálisis desde hace casi un cuarto de siglo nos ha permitido tanto aquilatar cada vez con mayor precisión la fecundidad del punto de vista dinámico psicogenético cuanto reconocer el desenfreno de gran parte de las explicaciones freudianas. Nuestro criterio se ha independizado gradualmente por obra de la experiencia clínica y psicoterapéutica. En este proceso no se trata de la sustitución de una preferencia teórica o metodológica por otra sino de la corrección progresiva de una actitud influída por el trañar con esquemas hermenéuticos aplicables a todos los procesos de la vida psíquica. Es claro que semejante corrección tiene apoyo en la parte sólida del mismo método de indagación analítica : el escudriñamiento de los casos clínicos en profundidad y a lo largo de la existencia.

PSICOTERAPIA MAGNA

Aunque en la práctica del médico de todos los tiempos se incorpora la influencia curativa de lo psíquico, la psicoterapia tiene historia exigua en tanto que modo de proceder deliberado. Y sólo

con la manera de pensar y actuar promovida por Freud alcanza la importancia de una disciplina superior, comparable, como técnica terapéutica, con la alta cirugía. Sin embargo, el hecho histórico que marca la transición entre la psicoterapia menor, casi exclusivamente sintomática, y el psicoanálisis, esencialmente reconstructivo, se debe a la investigación de la mentalidad de los histéricos sometidos al estado hipnótico. Como es sabido, simultánea e independientemente, Pierre Janet y Josef Breuer, en el octavo decenio del siglo pasado,* verifican la acción curativa de la reminiscencia de los acontecimientos que se revelan como patógenos de los síntomas. Es ejemplar el caso de Anna O., que Breuer relata en el libro **Studien über Hysterie**, publicado en colaboración con Freud el año 1895. Desde que la paciente, en estado hipnótico, reconstruye la escena olvidada en que ve a un perro repugnante bebiendo agua de un vaso y el asco que tuvo que disimular por educación, cesan los espasmos del esófago, que padecía desde algún tiempo y le impedían pasar un sorbo de agua. De igual suerte desaparecen los demás síntomas, a medida que la enferma refiere los recuerdos relacionados con el origen de los mismos, lo cual ocurre según un orden particular: de los hechos más recientes a los remotos. Breuer llama método catártico a este procedimiento de cura por la comunicación al médico de los recuerdos evocados bajo la influencia del hipnotismo.

Freud colabora con Breuer en la práctica de tal método y aporta nuevas observaciones que ambos publican y comentan separadamente en el libro mencionado. Ya desde entonces apuntan en el espíritu de Freud ideas que son esenciales para el desarrollo del psicoanálisis. Naturalmente, aquí no revisaremos las etapas de ese proceso; sólo indicaremos su culminación. El método psicoanalítico, tal como lo propugna Freud, implica colocar al paciente en condición receptiva respecto de su propia actividad subconsciente y de suerte que el médico sea un oyente tranquilo de sus asociaciones libres, algo así como un espejo anímico, gracias al cual el enfermo se contempla a sí mismo con creciente objetividad. Las asociaciones

* Janet, por entonces profesor de liceo en Chateauroux y en el Havre, realiza sus investigaciones que publica como tesis doctoral en 1889 con el título **L'automatisme psychologique**. Breuer hace sus descubrimientos estudiando el primer caso en 1881 y 1882 y publica en colaboración con Freud una nota preventiva en 1893: "Ueber den psychischen Mechanismus hysterischer Phaenomene", **Neurologischen Zentralblatt**, N° 1-2. Cuando Freud estuvo en París el otoño de 1885, el nombre de Janet no era conocido en la Salpêtrière.

libres u ocurrencias todo lo espontáneas que sea posible — que el médico suscita haciendo presentes al espíritu del enfermo los síntomas, los lapsus y actos equivocados o, principalmente, los ensueños — ofrecen los datos gracias a los cuales el paciente llega a comprender el sentido psicológico de sus síntomas; sin necesidad de hipnotismo, recuerda los hechos que han generado su neurosis o se percata de los conflictos que constituyen la razón de ser de la misma. Ciertamente, en muchos casos no se logra asociaciones libres o éstas son tan escasas que dificultan la prosecución del tratamiento. El mismo Freud reconoce que siempre hay una resistencia de parte de la mentalidad consciente, que impide o dificulta el acceso de lo reprimido. Lo que se explica con el tercer factor, que consideramos después, es por qué se mitiga la represión — por qué las asociaciones libres vencen la acción de la censura, cuya función es eliminar de la conciencia lo que el analista quiere descubrir. Lo cierto es que, en condiciones favorables, con este sistema de producción espontánea salen a luz recuerdos que no se evoca al hacer la anamnesia. Más grave es la dificultad relativa a la falta de trabazón entre las asociaciones y la patogenia de la neurosis — asunto del que trataremos después. El método de Freud implica, en segundo lugar, la interpretación de los productos de la asociación de las ideas. El médico en esto también debe ser lo más pasivo posible, de suerte que el sujeto en tratamiento descubra por sí mismo los nexos entre sus experiencias vividas en el pasado y el cuadro clínico, la significación de los símbolos de la neurosis, que, como las escenas de los sueños, son apariencias de un juego de fuerzas subconscientes, substancia manifiesta con un contenido dinámico latente. Pero la capacidad del sujeto para tal interpretación es limitada; a menudo no puede distinguir en la muchedumbre de recuerdos y ocurrencias lo que constituye la unidad del conjunto, la tendencia o la constelación de tendencias a que obedece su actualización. Entonces el psicoanalista dirige la atención del paciente, tratando de hacerle inteligible lo que en apariencia es suma de trivialidades o caos de pensamientos. De esta manera convierte en conocimiento de sí, reconstructivo y salutar, lo que se da como aportación desarticulada. En efecto, según la concepción freudiana, por el hecho de hacerse consciente lo reprimido, pierde su carga de energía y se muestra caduco y sin valor. En otros términos, el efecto terapéutico del psicoanálisis es vigorizar el yo, hacerlo más independiente del superyo, extender su campo de percepción y ampliar su organización,

de modo que pueda apropiarse nuevas porciones del ello. El tercer aspecto principal del procedimiento psicoanalítico es el gobierno de la transferencia, o sea de la actitud del enfermo frente al médico, que según Freud es una relación de naturaleza sexual. Este sería el factor más importante del proceso terapéutico, gracias al cual el paciente proyecta subscientemente en la persona del psicoanalista los objetos de amor frustrado desde la infancia; y, frente a una especie de testafarro polivalente, revive y satisface de manera sublimada y tardía — como quien reconquista el tiempo perdido — los deseos sexuales que fueron reprimidos. El manejo de esta relación es la parte más difícil de la cura psicoanalítica. El propio Freud reconoce los peligros que entraña y la dificultad de lograr una transformación gradual y adecuada de las tendencias inmaduras. Uno de los escollos más frecuentes es la transferencia negativa, en que se actualizan tendencias hostiles al médico tratante. Por otra parte, siempre pone a prueba la habilidad del analista la terminación de la transferencia y con ella la del tratamiento del caso. En teoría debe quedar el paciente apto para valerse por sí, sin el apoyo del médico, funcionando su aparato mental con pleno ejercicio del principio de la realidad y no señoreado por el del placer. En su conjunto la cura psicoanalítica es un proceso de rectificación del modo de reaccionar frente a los acontecimientos, lo que implica una transformación de la manera de ver la vida y de comportarse. Por tanto, no sorprende que requiera un tiempo prolongado: raros son los casos que benefician de un tratamiento, con sesión diaria de psicoanálisis, que dure seis meses o menos. Por lo demás, se debe aplicar el psicoanálisis sólo a los casos en que han fracasado los métodos psicoterapéuticos más sencillos, después de examinar si semejante clase de tratamiento está indicada para la enfermedad mental que sufre el sujeto y si éste, por su personalidad y su inteligencia, es apto para ello.

Ahora consideraremos críticamente los factores mencionados. A nuestro entender, los tres encarnan adquisición preciosa y definitiva para la técnica psicoterápica. El escudriñamiento analítico con las asociaciones libres o recursos análogos en muchos casos ofrece una información útil que no se logra con la simple anamnesis. Pero la experiencia enseña que sólo de manera excepcional puede adquirirse con sólo las asociaciones libres datos suficientes para reconstruir la historia de la neurosis y la del paciente mismo. Además, la concepción de la actividad subsciente como una estructura de

intenciones bien definidas no se pone en claro con este sistema de sonsaque, salvo en el caso de neurosis y personalidades simples. Después volveremos sobre el criterio freudiano de la actividad subconsciente. La labor interpretativa, que ilumina el espíritu del paciente acerca de sus síntomas y que le hace ganar terreno en el conocimiento y señorío de sí mismo, también es una adquisición de positivo valor, fecunda en posibilidades buenas. Lo malo es que no hay una hermenéutica psicológica absolutamente objetiva, sino infinidad de puntos de vista y teorías a que se ajusta la interpretación de cada psicoterapeuta. Los psicoanalistas creen que las teorías de Freud son la clave de todos los símbolos y misterios del alma humana. Por ende, su interpretación en todos los casos encarna de manera explícita o implícita tal concepción unilateral, que en el fondo denigra la índole de los instintos y valora de modo mezquino las más altas posibilidades formativas del espíritu humano. No se puede argüir que los pacientes mismos hacen la interpretación ayudados de manera neutral por el analista, pues la influencia de la doctrina se incorpora forzosamente en la menor expresión directiva — aparte de que por regla general los psicoanalistas son fanáticos de sus dogmas, ansiosos de persuadir a todo el mundo, y aparte de que muchos pacientes van a la cura ya imbuidos de especulación psicoanalítica, con la fuerza tremenda de la sugestión en personalidades mal protegidas. La misma distinción de un aspecto plausible y otro impugnable se justifica respecto de la transferencia. Freud ha descubierto un hecho lleno de consecuencias en toda relación entre médico y paciente: un vínculo que nace de la profundidad de la vida anímica de éste, cuya consideración y gobierno por parte de aquél son de gran momento para el resultado que se persigue, sobre todo en una cura psicoterápica prolongada. La función terapéutica de la transferencia es que, siendo en principio una relación de dependencia, bien dirigida puede permitir al enfermo conquistar su libertad respecto de las influencias perturbadoras. Lo confutable es la explicación sexual de ese vínculo. Se trata de un contacto entrañable de persona a persona, en que el paciente se entrega, receptivo y lleno de fe, a la influencia directiva del médico, un contacto en que nace una actitud nueva, un estado de alma abierto a posibilidades espirituales salvadoras e incitantes del desarrollo íntimo; un contacto tanto más fecundo en bienes cuanto más conocimiento, tino y responsabilidad incorpore el profesional. Evidentemente, la transferencia puede implicar una

virtualidad erótica, de índole semejante a la amistad o al afecto entre discípulo y maestro, pero sin la menor relación con el instinto genital. Esto no obsta que en algunos casos la transferencia asuma los caracteres de enamoramiento sexual. En efecto, raro será el psicoterapeuta que no se haya visto convertido alguna vez en objeto de adoración o deseo durante el tratamiento, teniendo incluso que interrumpirlo por no cesar la pasión adventicia. Pero esto es una excepción a la regla, una degeneración de la transferencia, como es una degeneración del eros pedagógico la inclinación voluptuosa de los adolescentes, sobre todo del sexo femenino, a sus preceptores.

Algunos de los más eminentes discípulos de Freud se han alejado del maestro por discrepancias de doctrina. Los más han esclarecido diversos aspectos de la realidad de la mente humana, de las neurosis y la manera de tratarlas. Al lado de ideas fecundas y procedimientos acertados ellos también embaluman el conocimiento con exageraciones y teorías superficiales o alambicadas. De todos modos, el nacimiento de la psicoterapia magna ha sido posible sólo con las aportaciones de psicoanalistas disidentes tales como Jung, Adler, Silberer, Maeder, Stekel y Rank. Pero la psicoterapia adquiere tal calidad y tiende a lograr base científica unitaria sólo gracias a los psiquiatras independientes respecto al movimiento psicoanalítico que han sometido a la prueba de la experiencia y de la crítica las ideas y procedimientos técnicos de los creadores, no sin contribuir con frutos de la propia investigación e invención. Entre ellos se distinguen Stransky, Kogerer, von Hattingberg, Goering, E. Straus, Kronfeld, Kretschmer, Allers, Schwarz, Schultz, Heyer, von Weizsaecker, Kranefeldt, M. Müller, Mauz, Speer y Meinertz. Naturalmente que no pocos de estos depuradores incurren igualmente en unilateralidad y esquematización. Sin embargo, sus obras — renovadoras también de la psicopatología — y su ejemplo pueden servir para la preparación de especialistas y médicos prácticos capaces de ejercer una psicoterapia curativa y profiláctica mucho más diferenciada — con infinidad de recursos y aplicaciones — y con solidez mayor que los médicos de las generaciones anteriores. Esto no quiere decir que cualquier psicoterapeuta nuevo sea superior a cualquiera antiguo, pues la experiencia personal y sobre todo la aptitud artística, personalísima, no se adquieren en ninguna escuela y menos en libros. A la investigación analítica — no necesaria en todos los casos — y al logro de una comprensión penetrante

del alma del enfermo, la nueva psicoterapia apareja la labor psicológica o reductiva a base de un saber antropológico de amplios horizontes y del respeto por la singularidad de la vida íntima de cada paciente, que no se repite ni cabe en ningún esquema teórico.

PSICOLOGIA DE LAS PROFUNDIDADES

La exposición de los puntos capitales de la obra de Freud se facilita considerando su modo de explicar la actividad psíquica normal antes de tratar de su teoría de los desórdenes mentales, aunque, por otra parte, ésta sea inseparable del psicoanálisis como técnica curativa. Este orden corresponde también al curso histórico de la producción del creador del psicoanálisis. En efecto, después del libro sobre la histeria, en el siglo pasado publica sólo unos pocos trabajos psiquiátricos, cuyo conjunto apenas consta de doscientas páginas. En cambio, entre 1900 y 1905 publica cinco obras sobre psicología normal, destacándose la voluminosa acerca de la interpretación de los sueños, escrita desde 1896. No creemos que se trate meramente de que Freud quisiera aplicar a la actividad normal de la mente los puntos de vista logrados con el estudio de los casos clínicos. Aunque esto haya obrado como acicate, sobre todo para la concepción de la obra acerca de la psicopatología de la vida cotidiana, nos parece factor principal la necesidad de buscar un fundamento teórico general a la dinámica de los procesos psíquicos tanto patológicos cuanto normales.

Con el convencimiento de que en la cura de las neurosis las asociaciones libres permiten retraer a la vida consciente lo que fué eliminado de ella en un acto defensivo de la tranquilidad personal, Freud aplica el mismo criterio a una serie de irregularidades de la actividad psíquica del hombre normal: equívocos, errores, descuidos, olvidos, acciones frustradas y hasta las facecias y los ensueños. Aparentemente sin sentido, pueden responder a intenciones que desconoce el sujeto por ocultarse a su vida consciente. Así se presentan como susceptibles de comprensión o por lo menos de explicación, al mismo título que los síntomas neuróticos, los cuales prima facie también carecen de contenido inteligible. De esto se deduce que para explicar la conducta de un individuo no basta el testimonio de su conciencia, que el yo no es dueño de todas sus acciones y expresiones y que las fallas atribuidas ordinariamente al azar obedecen a propósitos que no salen a luz. Más aún, ciertas

expresiones inteligibles además de la razón manifiesta tienen una encubierta. El chiste, por ejemplo, a la vez que tiene un sentido inmediato, descargaría impune y subrepticamente tendencias agresivas o libidinosas.

Los sueños constituyen para Freud material precioso de investigación psicológica en profundidad. Según su criterio, el hecho de soñar no significa un juego de la fantasía incongruente y de lujo, sino una función útil : se sueña para poder dormir. El ensueño es guardián del sueño porque desvía o elimina las excitaciones — sensaciones penosas del organismo, ruidos y otros estímulos del exterior — que de otro modo despertarían al durmiente. En segundo lugar, el ensueño liquida en cierto modo o hace inocuas las impresiones de la vigilia precedente, cuando no se sirve de ellas como factor meramente representativo. Pero la principal función psicológica del soñar es la realización ficticia de deseos que no pueden cumplirse en la realidad. Es cierto que Freud también reconoce la existencia de sueños traumáticos y sueños angustiosos, de prohibición, desengaño y castigo; en ambas clases la imaginación reproduce escenas penosas, y acepta que es difícil explicarlos, sobre todo los traumáticos, manifiestos como eco de impresiones chocantes que pueden ocurrir en cualquier período de la vida. En todo caso, la función del sueño fallaría en una tentativa de satisfacción de deseos en el sentido de pretender trocar el acontecimiento penoso en el cumplimiento de un deseo infantil denegado : esto vale en especial para la última clase de los sueños mencionados.

Los sueños más frecuentes son de satisfacción de deseos. Su logro, sin embargo, no es ostensible en la mayoría de los casos, sino gracias a la interpretación. Según Freud, en los sueños del adulto debe distinguirse la substancia manifiesta o contenido aparente del pensamiento onírico latente. La substancia manifiesta corresponde a lo que recordamos al despertar y es producto de una adulteración o encubrimiento de los deseos íntimos y su modo de satisfacción o sea el pensamiento onírico latente. A la alteración así operada durante el acto de soñar, Freud denomina trabajo onírico y a la que tiene lugar al despertar y después, elaboración secundaria. El pensamiento onírico latente se descubre, pues, gracias al análisis del ensueño, invitando al soñador a dejar fluir y expresar asociaciones libres a propósito de todo el sueño o de las diversas partes del relato del mismo, que se le va enunciando por etapas. De este modo se consigue un amplio contexto de las profundidades que

sirve para la interpretación y la justifica. Según esto, el análisis de los sueños consistiría en seguir un proceso inverso al del trabajo onírico : descubrir los móviles que éste trata de disimular. Los "mecanismos" o procedimientos principales de semejante disfraz son la condensación, el desplazamiento y la simbolización. La condensación une o combina varias imágenes en una sola figura o hace confluír diversas tendencias en el simulacro de un solo acto. De ahí que el contenido de los sueños pueda tener múltiples determinaciones y significados. El mecanismo de desplazamiento tiene por efecto presentar con carácter aparentemente privilegiado una imagen asociada o accidental en vez de la principal, o cargar el énfasis en un fenómeno secundario en lugar del realmente significativo para las intenciones íntimas. Por último, la simbolización consiste en la representación figurativa y sintética de lo esencial del pensamiento onírico latente; es un modo arcaico de expresión, una especie de lenguaje fundamental de imágenes y signos alusivos.

La rehabilitación de la hermenéutica de los sueños debida a Freud tiene una importancia que desborda el campo de la mera onirología. A pesar de ser desmesurada la pretensión de exactitud en sus resultados, el psicoanálisis ha prestado con esta aportación un gran servicio a la psicología al preconizar la comprensión en profundidad de los productos de la fantasía y del pensamiento pre-categorial. En efecto, hoy no se puede negar a estas formas de la actividad psíquica una función capital de alivio de íntimas tendencias de la vida personal, además de la relacionada con lo objetivo y trascendente. Esto es, que, aparte de su virtualidad racional y creadora de formas, la imaginación juega un papel en la dinámica de la existencia personal, como desahogo frente a las incomodidades y durezas de la realidad. Si esto fué antes entrevisto, sólo con las investigaciones de Freud ha alcanzado cabal reconocimiento. El lado débil es la índole de la interpretación psicoanalítica, que pretende reducir a pocos mecanismos la riqueza infinita de modos y medios de la menos mecánica de las funciones anímicas. Aparte de su particular teoría de la estructura y contenido de lo subconsciente, el psicoanálisis dogmático falla al considerar que los productos de la imaginación revelan sólo apetitos y no aspiraciones ideales, las influencias del pasado y lo accidental de los estados subjetivos y no la entelequia del desarrollo futuro y la esencia del ser personal etc. Son mezquinos y unilaterales todos los esquemas, teorías y métodos que se apliquen a la inteligencia de este mundo

de libertad sin el don y el arte personal de calar almas, sin la riqueza de puntos de vista de una sólida y amplia formación cultural, sin el respeto amoroso de la filigrana del alma.

Toda la interpretación psicoanalítica de la actividad anímica, normal o anormal, tiene por fundamento la concepción de planos de estructura en profundidad y de dinámica genética causal. Respecto de lo primero, Freud distingue, en primer lugar, tres zonas en la topografía de lo psíquico : la consciente, la preconscious y la subconsciente. La zona o plano consciente sirve para la inserción del individuo en la realidad exterior por medio de los sentidos, la ordenación temporal, las representaciones verbales, el discernimiento, la razón y la moral; sirve asimismo de exteriorizadora al par que de tope de los instintos. Freud reputa los actos conscientes como tendenciosos respecto de lo subconsciente, como inclinados a dar al sujeto una imagen engañosa de sí mismo y, por tanto, del prójimo y de la humanidad. Como otros investigadores de lo subconsciente, pretende que la parte consciente del hombre es la de menor momento en la economía de su vida anímica. Ella sería como la superficie, debajo de la cual está lo preconscious. Es preconscious toda representación, idea, sentimiento etc. que sin ser consciente es susceptible de llegar a serlo, en cualquier momento, sin despertar resistencia de parte de las tendencias o fuerzas de la conciencia. Lo preconscious tiene, pues, todas las cualidades de lo consciente menos la de ser actualmente consciente. El tercer plano o de lo subconsciente, cuya actividad es ignorada del yo, se caracteriza por desconocer la negación y la duda, por tener cargas de energía psíquica movibles (lo que explicaría los mecanismos de condensación y desplazamiento) y por no ordenarse ni dejarse influir por el tiempo ni la realidad ni los valores morales. Lo subconsciente es, pues, la provincia primitiva, invariable e irracional de la mentalidad. Mientras que entre los dos planos anteriores la comunicación es fácil, entre lo preconscious y lo subconsciente existe una barrera, que es la censura, órgano de la represión. Se entiende por represión un proceso anímico encargado de mantener fuera del campo de la conciencia las fuerzas instintivas así como las correspondientes representaciones, pensamientos y sentimientos, sea que ellos antes hayan sido conscientes sea que jamás hayan pasado de la condición de subconscientes. Lo reprimido no pierde su fuerza por el hecho de ser subconsciente; por eso representa un gasto constante de energía psíquica. En la práctica del psicoanálisis las

asociaciones libres hacen consciente lo reprimido y la resistencia al tratamiento es, en parte, manifestación de la actividad represiva. La censura no logra su finalidad de manera sistemática; lo reprimido a menudo llega a salir a luz por su propia fuerza, si bien, en condiciones normales, sólo indirectamente, gracias a formaciones de compromiso y construcciones compensatorias — interviniendo los mecanismos de desplazamiento, condensación y simbolización. Cuando lo reprimido que logra penetrar en el campo de la conciencia fué alguna vez consciente, entonces se habla del retorno de lo reprimido. La censura relaja su función represora en ciertas condiciones, como el sueño, la fatiga, la embriaguez, la agitación maniaca etc. Hay que agregar que no todo lo subconsciente es reprimido. En efecto, de lo subconsciente pueden surgir tendencias autóctonas sin oposición de la censura. Además, Freud se inclina en sus últimos trabajos a aceptar que porciones del yo pueden ser subconscientes, cuando antes restringía su dominio a lo consciente y preconsciente. También se advierte que el fundador del psicoanálisis tiende al fin de su vida a usar los términos de consciente, preconsciente y subconsciente como adjetivos, como cualidad de lo anímico, más que como planos o “provincias anímicas”. Por eso da preferencia a la terminología anexa a su concepción dinámica y evolutiva de la mentalidad individual, que consideraremos después.

Es grande el mérito de Freud en lo que atañe al estudio de la actividad extraconsciente, no tanto por la importancia que le reconoce, pues en esto tiene ilustres precursores, sino por haber iniciado con vigor el método de la explicación psicológica de los móviles y el nexo de procesos aparentemente separados; esto es, afirma la naturaleza anímica de ciertas actividades inaccesibles de modo inmediato. El hipnotismo, por medio de las sugerencias de efecto diferido, permite verificar que el sujeto realiza los actos imbuídos, sin tener conciencia del motivo; incluso manifiesta el proceso de racionalización, esto es, que sin saberlo encubre con pretextos o razones accidentales el verdadero origen de su conducta. Es cierto que para lograr esto se requiere que el hipnotizador ordene al sujeto de experiencia que al despertar no debe recordar lo que se le ha sugerido, sin perjuicio de ejecutarlo. Estamos seguros que sin la obra de Freud, y a pesar de la de Carus, Hartmann, Nietzsche, Ribot etc., la psicología aun carecería de la penetración en profundidad que se ha hecho un bien común. Incluso la psicología de laboratorio reconoce hoy la legitimidad de la génesis subconsciente de ciertas

operaciones de la mente. "El psicólogo del presente — declara Ach contra la opinión de Bumke — está obligado a aceptar una vida anímica subconsciente, quiéralo o no. Sin la realidad de lo subconsciente es simplemente imposible una explicación del curso legítimo de las manifestaciones conscientes". En lo que Freud va demasiado lejos — aparte del papel privilegiado que atribuye a la sexualidad — es en adjudicar a lo subconsciente una desmesurada independencia respecto de lo consciente y en dar a entender que el mundo subterráneo de la vida anímica está poblado de estructuras parciales perfectamente definidas, casi como personillas autónomas con intenciones propias, que el análisis pone a descubierto y desmascara siguiendo reglas simples. En realidad, la cosa es infinitamente más compleja y difícil; lo consciente obra sobre lo subconsciente no sólo reprimiéndolo y obligándolo a encubrirse o revelarse : el hecho de prestar atención a una posibilidad de manifestación subconsciente es un principio de configuración o explicación de algo que antes no fué sino disposición difusa o manifestación parcial de una estructura dinámica imprecisa. La obscuridad de lo subconsciente no logra forma más o menos definida sino con la iluminación de la vida consciente en el incesante devenir de su proceso. Por último, toda interpretación psicológica o entraña una comprensión, gracias a que las relaciones e influencias del contenido se hacen plenamente conscientes, o no pasa de ser una explicación, más o menos plausible, pero siempre conjetural. La aplicación del psicoanálisis rara vez permite algo más que lo último, suposiciones, y la concepción especial de la estructura del ser anímico propuesta por Freud no es más que una construcción hipotética, no demostrada ni susceptible de ser comprobada rigurosamente.

La concepción psicoanalítica del dinamismo de la vida anímica no se limita a lo expuesto. Incluye además una teoría general de los instintos y de la formación del organismo anímico. El juego de las tendencias instintivas se constituye y ordena gradualmente a lo largo del desarrollo individual según las influencias del mundo exterior. En este proceso ontogénico son decisivos los cinco primeros años de la vida, pues en ellos se establecen las estructuras de mayor estabilidad y efecto en la economía de la existencia personal. El elemento anímico fundamental del sistema psíquico es el instinto, el cual está supeditado a la excitación fisiológica. Más precisamente, instinto es la constante de una excitación procedente de la intimidad del organismo : es la expresión anímica de las necesida-

des corporales. El proceso somático que origina la excitación es el manantial o generador de energía del instinto. El fin del instinto se alcanza en los objetos adecuados a la satisfacción de las necesidades vitales. En el instinto el aspecto subjetivo de experiencia vivida, que en la nomenclatura psicoanalítica se designa como impulsión, no se confunde con el dinámico energético, que es un concepto explicativo. En este sentido el instinto se identifica con la energía psíquica. La actividad de los instintos se regula originalmente según el principio del placer, esto es, la tendencia a buscar lo agradable y a evitar lo desagradable. Pero al constituirse el yo, como veremos después, el principio de la realidad interviene regulando la actividad individual : la adaptación al medio obliga a soportar el desagrado inherente a la privación de satisfacciones. Hay que agregar un tercer principio regulador del dinamismo psíquico, el principio de constancia, por el que la magnitud de las excitaciones tiende a mantenerse al mínimo posible o a hacerse invariable. Además de estos principios, y por encima de ellos, los instintos están sujetos a una ley por la cual en el organismo psicofísico un estado anterior propende a restituirse — es la compulsión de repetir. Con esto tocamos uno de los puntos más llenos de dificultades de la concepción freudiana de los instintos : el instinto de muerte o de destrucción. Durante mucho tiempo el instinto fundamental, si no único, es el sexual o libido. Pero desde 1920 sostiene Freud — convencido del principio de “la tendencia hacia la estabilidad” que enunciara Fechner — que el instinto más profundo, el primario, es el instinto de muerte. El principio del placer queda entonces supereditado a la compulsión de repetir, a la tendencia a la invariación, al retorno de los estados previos; y puesto que lo inanimado es anterior a lo animado, el organismo vivo tiende a alcanzar la homogeneidad del mundo inorgánico. De modo que dos son los instintos poderosos : el de muerte o destrucción y el sexual. El uno no aparece sin la compañía u oposición del otro y el primero actúa por lo regular de manera oculta, resultando inocuo por efecto de la intervención del sexual. Cuando se dirige al exterior el instinto de muerte se manifiesta en forma de agresión al prójimo. Resulta entonces que la misión del instinto sexual, representante de las fuerzas integrativas, es “el sostenimiento de la vida y su propulsión a elevados desenvolvimientos”, en conflicto incesante frente al instinto fundamental, representante de las fuerzas desintegrativas, amenazador de la existencia e incitador al descenso nirvánico. A esta

oposición corresponde una dualidad de formas de la energía psíquica : energía del instinto sexual, llamada también libido, y energía del instinto de muerte. Aparte de estas dos formas de energía, Freud menciona una tercera, ni sexual ni de destrucción, pudiendo aumentar la carga de uno u otro de los instintos. En general, estas tres formas de energía son interconvertibles. En el proceso de la sublimación la transferencia de energía tiene lugar del instinto sexual a tendencias que no son ni sexuales ni agresivas. El yo dispone de cantidades de energía aplicables a objetos de orden social, culto, moral. Así se opera una desexualización de la energía, que entra al servicio de normas ajenas a los fines de la economía mental primaria. Sin embargo, las transiciones de este proceso a menudo permiten establecer la filiación genética, la propensión original de la cual deriva o se distrae la energía.

Con estos datos nos hallamos en condiciones de abordar la concepción freudiana del desenvolvimiento de la mentalidad individual, proceso en el cual siempre juega un papel preponderante el instinto sexual, al punto que teóricamente se confunde con la ontogenia del mismo. El individuo nace con una mentalidad caótica, absolutamente impersonal, el ello, puro reservorio de instintos ciegos. La satisfacción de los mismos se realiza sin más objeto que el propio organismo. Así los primeros períodos del desarrollo son autoeróticos. Poco a poco se diferencian, con calidad especial, sentimientos placenteros en relación con sensaciones localizadas en determinadas partes de las mucosas y la piel : las zonas erógenas. La excitación de estas zonas, entre las que se destacan la boca y el ano, suscita el goce sexual, por apoyarse el instinto correspondiente en las funciones — no genitales — de dichas porciones del organismo. Después se actualizan otros componentes del instinto sexual que dependen menos estrechamente de las zonas erógenas, tales como los instintos parciales sado-masoquistas y la escoptofilia y el exhibicionismo. Cuando se medra el yo, a expensas del ello y por diferenciación del instinto sexual, el autoerotismo no sólo dirige la actividad instintiva al propio cuerpo sino al yo mismo : tal es el narcisismo, el goce sexual consigo mismo por objeto. El desarrollo pregenital del instinto sexual tiene etapas características que no son perfectamente delimitadas ni entre ellas ni en el tiempo : la organización oral, la organización anal-sádica, la situación edípica de curiosidad libidinosa y de formación de teorías sexuales (entre los 3 y los 5 años), por último, el período de latencia, que dura hasta

antes de la pubertad, en el cual la sexualidad pregenital es sublimada o reprimida por la formación de las barreras de la vergüenza, el asco y el horror del incesto. Aparte del propio yo, el primer objeto de amor es, para ambos sexos, la madre. Después, en la situación edípica, se manifiesta el amor sensual del niño hacia el progenitor del sexo opuesto, haciendo objeto de aversión y celos al del mismo sexo. Este es el complejo de Edipo positivo, con el cual se establece normalmente la definida elección del objeto de amor sexual — orientación al opuesto, heterosexualidad. Como el niño tiene una constitución bisexual antes de definirse el propio sexo, se manifiesta también entonces el complejo de Edipo negativo, con la conducta opuesta : amor para el padre del mismo sexo y rechazo para el perteneciente al opuesto. Este complejo negativo — intenso sólo en sujetos anormales — puede coexistir con el positivo. El temor de la venganza del padre en la situación edípica tiene como efecto que se constituya el complejo de castración, que se precisa claramente en el espíritu del niño si intervienen amenazas o bromas de cortarle el miembro como castigo del onanismo precoz. Complejo de castración no es nombre adecuado, pues lo que se teme perder no son los testículos sino el pene. Sin embargo, se justifica en teoría por el antecedente filogenético : en el hombre primitivo es frecuente la circuncisión, que para Freud es resto de la venganza que en ocasiones el padre cruel y celoso de los albores de la civilización ejercitaba contra sus hijos.

La diferencia que existe entre la sexualidad infantil y la del adulto, lograda en la pubertad, es que la primera se orienta hacia la importancia de los órganos genitales de tipo masculino, como si no existiera otra clase — sexualidad fálica —, mientras que en la del adulto se trata de la diferencia específica del factor genital masculino y femenino. Esto vale para el varón : la cosa es distinta en la niña, como veremos pronto. Antes de que se establezca el período genital fálico, la vida sexual del niño carece de la noción de masculinidad. La antítesis dominante en el período pregenital anal-sádico es la existente entre la actividad y la pasividad sexuales. En la fase fálica, transición entre la condición pregenital y la madurez genital, la antítesis sexual tiene por polos el órgano genital masculino y la ausencia del mismo (castración). Sólo en la pubertad se establece la diferencia y la oposición entre lo masculino y lo femenino. En el proceso de decadencia del complejo de Edipo interviene la identificación del niño con el padre del mismo sexo. La

identificación consiste en que el niño trata de ser como el padre; de acuerdo con la imagen que concibe de éste, cambia su manera de comportarse. El amago de castración favorece el debilitamiento de la situación edípica. Así las tendencias libidinosas del complejo de Edipo son sublimadas gracias a la incorporación **in mente** de la autoridad del padre; así también, la agresividad que antes se ejercitará contra el rival se interioriza, volviéndose contra el propio yo. Sublimadas sus tendencias, socializadas sus finalidades, el complejo de Edipo no es reprimido, sino completamente destruido en el ello. En su lugar nace el superyo, el cual no es sólo la introyección de las exigencias de los padres y autoridades aïnes, sino eco de las cualidades de las personas ejemplares para el sujeto y de los cánones e ideales de la colectividad. Esquematisando la sucesión de cambios señalados tenemos esta serie : organización fálica — complejo de Edipo — complejo de castración — formación del superyo — período de latencia. En la mujer las cosas son más complicadas. Freud se inclina a considerar en ella la formación del complejo de Edipo, no como condición anterior al de castración, sino a la inversa : a falta del falo —envidiado e inalcanzable—, la niña ama a su padre para tener un hijo de él. El período pre-edípico, de íntima unión con la madre, debe ser más prolongado en la mujer que en el hombre. Entonces los deseos se satisfacen con la madre en forma ambivalente — como objeto de amor y de agresión — y ambisexual, hasta que la niña se percata de que carece irremediamente de falo. Tal certidumbre la pone en condición de inferioridad respecto del niño y condiciona la formación del complejo femenino de castración; atribuye la carencia de pene propio a su madre, de quien, en consecuencia, se desliga, adoptando al padre como objeto de amor. Por este mecanismo la mujer renuncia a dar valor a su pene rudimentario, el clítoris, y carga el énfasis sexual en la vagina.

De la exposición precedente resulta que la oposición entre la sexualidad y los instintos del yo, que campeaba en las obras de Freud anteriores a 1920, es sustituida por la lucha entre el instinto sexual y el de muerte. En lo que atañe a la sexualidad y al yo, las tendencias libidinosas se dividen en dos grupos : las que cargan a los objetos ajenos al yo o se orientan hacia ellos y las que constituyen cargas del mismo yo. Con esto, la imagen tóptica de la mentalidad expuesta antes no es ya suficiente. El yo emerge del ello en el curso del desarrollo, gracias a la influencia del mundo ex-

terior; es la parte organizada de los instintos de esa procedencia, y sirve precisamente para representar y defender al individuo, que perecería en el mundo con el juego directo de las fuerzas ciegas del ello, sobre todo por efecto del instinto de muerte. Gracias al principio de la realidad, el yo puede crecer y diferenciarse sin pérdida de su unidad, transformando en su provecho elementos del ello; gracias al superyo —en parte subconsciente como el yo—, cuya actividad permite al hombre la auto-observación, la conciencia moral y la dirección hacia los ideales, el yo tiene un abogado del esfuerzo de perfección y de “las llamadas alturas de la vida humana”. Pero desde el punto de vista dinámico es débil, no dispone de más fuerzas que las que recibe del ello. En conjunto, el yo, “el pobre yo”, debe servir las intenciones del ello; cumple su tarea si encuentra las circunstancias bajo las cuales puede servir mejor esas intenciones del ello. Freud — recordando sin duda la bella imagen platónica del alma — compara el yo al jinete y el ello al caballo vigoroso, y declara que este jinete demasiado a menudo tiene que conducir la cabalgadura adonde ella quiere llevarlo. Por lo demás, “el pobre yo” tiene que servir con solicitud y diplomacia no sólo a un amo sino a tres y exigentes : aparte del ello, al mundo y al superyo. Cada uno es fuente de temor o angustia para el yo : de temor real el mundo exterior, de angustia moral el superyo, de angustia neurósica el ello.

Nadie puede negar que Freud ha abierto a la psicología una perspectiva llena de incitaciones fecundas. Con su obra la psicología se ha hecho más genética, más dinámica, más próxima a la realidad de la existencia personal concreta. Los instintos del hombre son hoy evidentes en todas las manifestaciones psíquicas, como su motor esencial; y a través de sus juegos sutiles el investigador puede descubrir pliegues y repliegues del alma no sospechados. La influencia del pasado, el papel de los acontecimientos, desde las vicisitudes infantiles, en la conformación de la personalidad; en general, la repercusión psicoplástica del medio circundante, y en especial el modo de ser y la conducta de los padres y familiares en la economía de la vida anímica y el destino individual — son adquisiciones decisivas para la psicología aplicada. En fin, el conocimiento de la vida sexual se ha enriquecido en no pocos aspectos gracias al psicoanálisis. Junto a todas estas adquisiciones, debidas mayormente a una influencia indirecta de la metapsicología de Freud, tenemos una serie de construcciones impugnables, sin contar el efecto

desorientador y en veces deletéreo de la popularización de la doctrina. Señalaremos escuetamente sólo algunos puntos débiles de la construcción original. En primer lugar, el criterio energético, bāse de todo el aspecto "económico" de la metapsicología freudiana, es insostenible. Sólo se puede hablar de cargas o cantidades de energía cuando se trata de un elemento pasible de medida. En psicología es una suposición gratuita, inverificable, sin más sentido que el de una manera figurada de describir ciertos fenómenos — jamás constituye una verdadera explicación. En segundo lugar, el instinto de muerte, concebido como tendencia a retraer lo animado a la condición anorgánica, entraña una petición de principio, pues como propensión connatural a la substancia, ésta jamás habría pasado de los sistemas físicos, inanimados. Además, si la energía de los instintos deriva de la excitación, ¿de qué órganos del cuerpo procede la energía específica del instinto de muerte? Por otra parte, ¿cómo explicar la conversión del instinto de muerte, que debería llevar a la autoaniquilación, en positiva agresión al prójimo? En tercer lugar, el instinto sexual del adulto no tiene en realidad ninguna relación específica con las manifestaciones placenteras de la infancia, las tiene laxas con la curiosidad relativa a los misterios de la generación y los fenómenos de la llamada primera pubertad. Pero el instinto sexual, con sus cualidades, no se manifiesta sino con los cambios de la pubertad. El modo de reaccionar con personas de uno y otro sexo se condiciona seguramente desde la niñez, y si esto influye más tarde en la elección de "objeto", implica que son útiles tales sentimientos pregenitales al funcionamiento del instinto genital, pero no que son las primeras manifestaciones de éste. También es errada y de muy malas consecuencias la identificación de eros y sexo, así como de las diversas clases de amor sin apetito con la libidinosidad. En cuarto lugar, Freud de hecho reduce lo esencial de toda la vida anímica a la influencia de uno o dos instintos. Ciertamente, con frecuencia se defiende de las críticas que se le dirige con este motivo, alegando que reconoce la existencia de los instintos del yo y que los menciona. Pero lo efectivo es que nunca les da importancia y que si trata de ellos es considerándolos simple derivación del sexual o de éste y el de muerte. Fuera de éstos ningún otro juega papel determinante en la psicodinámica. La reducción de la variedad de tendencias instintivas, incluso las espirituales (cuya existencia no reconoce Freud) a uno o dos instintos elementales con función particular es una mera construcción de la fantasía, sin

ccnsistencia. Lo mismo podemos decir de la concepción del ello como un mundo, como una inmensa caldera "llena de barbotantes excitaciones", de cuyo ámbito el yo puede conquistar porciones, como los holandeses han ganado superficie al mar. Si el ello es anterior a la excitación de partes del organismo, ¿cuál es su contenido inicial? Si el ello es posterior, ¿cómo se ha generado este reservorio anímico a expensas de excitación fisiológica? Con razón escribe el propio Freud, en una de sus últimas obras, que la doctrina del instinto es nuestra mitología, y que los instintos son entidades míticas grandiosas en su imprecisión. Por último, es exagerada la importancia que da la teoría psicoanalítica a la influencia del medio, con desmedro de las disposiciones endógenas, aunque Freud no cae en los extremos de simplicidad de muchos de sus secuaces. Sostener que todas las formaciones anímicas "llamadas superiores" (Freud) son estructuras puramente artificiales, contra natura, y no que corresponden a esencias irreductibles de la índole humana, sin las cuales no sería posible la aparición del mundo del espíritu, es tan equivocado como creer que un papagayo pueda pensar como el hombre sólo porque repite sus palabras, o que una piedra puede subir sólo porque se lanza hacia arriba infinidad de veces. Repetimos que Freud no siempre da importancia exagerada a las influencias del medio. Así, al tratar de la génesis del superyo, reconoce que la experiencia enseña que, contrariamente a lo que podía esperarse, el superyo puede adquirir el carácter de inexorable rigor también cuando la educación es suave y bondadosa, evitando en todo lo posible amenazas y castigos.

TEORIA DE LOS DESORDENES MENTALES

La tendencia general del psicoanálisis en el campo de las enfermedades nerviosas y mentales es el espíritu interpretativo. La descripción y la nosografía tienen sólo la entidad de factores auxiliares en la tarea de la reducción genética de lo presente a lo pasado y la inteligencia de los mecanismos que entran en juego para la producción del cuadro clínico y su curación por el análisis, cuando esto es factible. En consecuencia, señalaremos en primer término la teoría patogénica general. Las vicisitudes de la vida del niño, sobre todo en el período de la situación edípica, es de grandes consecuencias, no sólo para la formación del carácter, la sexualidad y la elección de objeto de amor, sino para decidir de la salud y la

enfermedad en el orden psíquico. El desarrollo mental del niño puede sufrir alteraciones, sea por influencias constitucionales o del mundo exterior, en forma de inhibición del progreso con fijación de la fase correspondiente de la organización psicosexual. Tales fijaciones pueden impedir la diferenciación ulterior de la función y predisponer a la regresión libidinosa. De este modo se generan las perversiones y se condicionan las neurosis. La neurosis es el negativo de la perversión en el sentido que aquélla implica la represión de la propensión fijada. En ambas no se produce el proceso de sublimación. Las neurosis se presentan en los sujetos así predispuestos a consecuencia de la privación del cumplimiento adecuado de sus instintos. La fijación previa impide el libre juego de la energía del instinto y sirve de centro de actualización de las tendencias y objetos infantiles correspondientes. La consecuencia de esta atracción hacia modos de satisfacción pasados que operan las fijaciones es la regresión : reavivamiento de propensiones sexuales rezagadas, ya subconscientes, en un proceso de desdiferenciación de la estructura dinámica de la vida instintiva. La sexualidad vuelve a sus querencias infantiles, cuyos objetos varían con las fases libidinosas rehabilitadas : fijación en el complejo de Edipo, en la organización anal-sádica, en la oral o en la autoerótica. Naturalmente que el yo y el superyo no se dejan arrastrar hacia los modos de satisfacción reprimidos, por lo cual intervienen otros mecanismos en la formación de la neurosis. Instigado por el superyo, el yo se defiende del instinto vigorizado por la regresión, de modo que sólo llega a hacerse manifiesto como síntoma, esto es, con el carácter de una formación de compromiso, que se cumple fuera del yo. El yo no se contenta con esto; se enfrenta al síntoma mismo, lo que completa el aspecto de la neurosis. El yo logra vencer en este conflicto con el ello gracias a que se pone al servicio del superyo y de la realidad. Sin embargo, en la regresión no sólo participa el ello, sino también el yo, según rectifica Freud.

En teoría, los síntomas de las neurosis son siempre satisfacciones compensatorias de los deseos sexuales no logrados, pero las sucesivas aportaciones de Freud agregan cada vez nuevas complicaciones. Desde 1925 da más y más importancia a la angustia. Reconoce, como hemos visto, tres clases de temor o angustia, según el frente en que lucha el yo : el mundo, el superyo, el ello. En el curso del desarrollo decaen las antiguas condiciones de temor por desvalorizarse las situaciones de peligro gracias al robustecimiento

del yo. Pero esto ocurre de manera imperfecta en muchas personas que, no pudiendo vencer el miedo de perder el amor de los demás, quedan poco independientes a este respecto, infantiles en su modo de reaccionar. De manera normal el temor frente al superyo no decae nunca, pues la angustia de la conciencia moral es inevitable en las relaciones sociales. Los neurópatas son sujetos que permanecen con un modo de ser infantil por la manera de comportarse ante los peligros a causa de no haber logrado vencer interiormente las condiciones de temor, en realidad extinguidas. En la producción de las neurosis interviene, pues, la retención o reactivación de situaciones infantiles de angustia. Además de la regresión libidinosa y relacionada con ella, interviene el sentimiento de peligro, por parte del yo, que se conserva inmaduro frente a los amagos de angustia. Así la angustia viene a ser causa de represión y no a la inversa, la represión causa de angustia, según la antigua fórmula. Freud se inclina a considerar válida esta última sólo para la histeria. Y la neurosis es identificable con la automatización de las reacciones de angustia, sin objeto actual. Las situaciones de angustia infantil que pueden fijarse o reactivarse en la neurosis son: 1° el traumatismo del nacimiento, 2° las experiencias de abandono, de hallarse en la obscuridad, de encontrarse entre extraños, en suma, el peligro de perder el objeto de amor, propio de la fase pregenital, 3° la separación de la madre, en la fase fálica, con el peligro de castración, 4° las exigencias de la propia conciencia y el peligro de perder el amor del propio superyo, 5° la incertidumbre frente al destino con el peligro de la muerte. A la propensión de rehabilitar estas situaciones angustiosas se debe agregar todavía que la represión de la sexualidad tiene como correlato el sentimiento de culpa, probablemente debido a que el impedimento de la satisfacción libidinosa despierta un impulso agresivo contra la persona objeto de amor, perturbador de la satisfacción y que tiene por consecuencia que sea reprimida la misma agresión. En general, cuando un instinto es reprimido, sus componentes libidinosos se convierten en síntomas y la parte de agresión se trueca en sentimiento de culpa. Freud intenta explicar la frecuencia de la predisposición del hombre a la neurosis por la intervención de tres órdenes de condiciones generales: 1° el factor biológico de la prolongada impotencia y dependencia del niño, manifiesta como sed insaciable de amor, que favorece la diferenciación precoz del yo, con un apego muy marcado a apreciar los objetos protectores; 2° el factor filo-

genético de la interrupción del desarrollo sexual del hombre, una de cuyas consecuencias es que el yo trate como peligrosa la sexualidad infantil e incluso la puberal; 3º el factor psicológico de la imperfección del aparato mental en lo que respecta a la diferenciación del yo y del ello: por considerar reales todos los peligros, tratamos de defendernos con la fuga incluso de los peligros dependientes de ciertas excitaciones o impulsos del ello, pero realmente en este caso no podemos fugar; así, el yo se ve forzado a limitar su propia organización y acepta el síntoma a cambio de frustrar el instinto, y si este renueva sus exigencias, entonces se inicia la neurosis.

En la exposición que precede hemos tratado de dar una idea de la doctrina general de los desórdenes mentales refiriéndonos principalmente a las neurosis. En realidad Freud distingue diversas clases de enfermedades mentales. En lo tocante a las psicosis, respeta lo fundamental de la clasificación de Kraepelin. En materia de neurosis distingue dos grupos: neurosis actuales y psiconeurosis. Las primeras son causadas por perturbaciones fisiológicas de la sexualidad del adulto, que tienen por efecto hacer surgir en el ello una situación semejante en algo al nacimiento, produciendo automáticamente una reacción angustiada: neurastenia y la neurosis de angustia. La neurastenia sería originada por la masturbación, sobre todo en forma larvada, sin intención consciente del sujeto. La neurosis de angustia, bien individualizada clínicamente por Freud, tendría por causa determinante la práctica de excitaciones sexuales frustráneas. Se suscita una excitación libidinosa que no se satisface, no se emplea; en lugar de esto, la energía desviada de su inversión natural se transforma directamente en angustia. Esa etiología simplísima no se verifica sino en algunos casos. Respecto de la neurastenia hoy puede asegurarse con certeza que su causa no es la masturbación. Con relación a la neurosis de angustia, el ejercicio de la actividad sexual normal es eficaz a veces para curarla, pero no es aceptable la etiología y la patogenia que indica Freud como causa esencial. Los mismos psicoanalistas interpretan las neurosis actuales de maneras muy diversas a la de su maestro.

Las psiconeurosis constituyen el origen de los estudios psicoanalíticos y su tema principal. A ellas nos hemos referido de manera general al exponer las ideas de Freud sobre los mecanismos genéticos de los desórdenes mentales. Lo fundamental en ellas es un conflicto entre el yo y el ello. Son dos: la histeria y la neurosis compulsiva (obsesiones y fobias). La histeria es condicionada

por una fijación en la fase fálica. El objeto de amor que rehabilita la regresión es la madre o el padre, conforme el complejo de Edipo, y el temor que se actualiza es el de la castración, si no el correspondiente a la pérdida del objeto de amor edípico. El modo de defensa del yo, dominado por el superyo, es la represión con cargas opuestas de energía. La formación de compromiso en el conflicto entre el yo y el ello es de modo que el retorno de lo reprimido se manifiesta en forma de conversión, esto es en un fenómeno de inervación anormal (parálisis, vaginismo, impotencia de erección, movimientos expresivos etc.) La histeria es, pues, la neurosis auto-plástica por excelencia : el simbolismo, la condensación y el desplazamiento de lo reprimido que retorna se manifiestan en forma de síntomas corporales. Sin embargo, hay histéricos en los cuales no se manifiesta la conversión o se muestra apenas. En cambio, en otros pacientes el cuadro clínico es dominado por la angustia. De ahí que Freud haya distinguido dos formas : histeria de conversión e histeria de angustia.— La concepción de la índole psicológica de la histeria, inaugurada por Briquet, culmina indudablemente con los esclarecimientos de Janet y Freud. A ambos también se debe la demostración de que ella entraña una reacción con finalidad comprensible. Freud por su parte ha contribuido con importantes nociones de orden clínico. Pero el fundamento general de su teoría de la histeria ha sufrido un mentís, insalvable hasta hoy, con infinidad de observaciones de la Guerra Europea : la comprobación de que los desórdenes surgen por causas actuales que nada tienen que ver con la sexualidad y desaparecen sin otra influencia que la inutilidad del estado anormal.

La neurosis compulsiva se caracteriza por la fijación en la fase anal-sádica, que en el niño se fomenta por la insistencia de los mayores para que desocupe el intestino, lo cual provoca la retención obstinada de los excrementos. El niño repite voluntariamente tal actitud por serle placentero el estímulo de la zona anal. Los rasgos del carácter analerótico del adulto son la desconfianza, la reserva, la avaricia y la escrupulosidad. El temor infantil que se reactiva sería el del superyo en las obsesiones y el de castración en las fobias. Lo reprimido retorna en forma de tentaciones sexuales y agresivas. El yo reacciona enérgicamente frente a los instintos del ello, no tanto con la represión como con los siguientes procedimientos de defensa : "hacer como no acontecido", parangonable con las prácticas mágicas de los primitivos para evitar simbólicamente que

acontezca lo que se teme; el "aislamiento", gracias al cual ciertas experiencias peligrosas son segregadas de la vida psíquica operante, en forma análoga a lo reprimido, pero sin eliminación de la conciencia y la memoria; la producción de formaciones reactivas. La tendencia compulsiva de repetir se manifiesta amplia y tenazmente en las neurosis compulsivas y con ella, naturalmente, el instinto de muerte en forma de tentaciones agresivas y destructoras de todo orden. El superyo juega un papel predominante en el conflicto, lo que explica el temor de caer en falta y la necesidad de expiación y autocastigo.— También el conocimiento de la neurosis compulsiva ha ganado con las investigaciones de Freud. Gracias a ellas nos son accesibles diversos aspectos de la psicología del obsesionado y del fóbico. Mas no podemos aceptar que en general sea un desorden mental comprensible genéticamente — ni siquiera explicable de manera satisfactoria. Por ejemplo, el carácter llamado analerótico es frecuente en los sujetos con neurosis compulsiva, pero no es constante. Además, la explicación del origen de este carácter no convence, ya que la obstinación en general (si no es una manifestación normal en los niños) y la especial para retener los crecimientos pueden ser sólo un producto de la constitución psíquica endógena, al mismo título que la escrupulosidad, la avaricia etc. Aquí ocurriría que se toma como causa lo que es también efecto de un tercer factor. Por otra parte, es evidente que la sexualidad juega un papel importante en las torturas de los obsesionados, pero el estudio prolongado de éstos evidencia igualmente que la sexualidad no es el factor capital : es uno entre otros. En resumen, si es cierto que la teoría freudiana se puede justificar parcialmente en muchos casos respecto a elementos del contenido de la neurosis compulsiva, no es sostenible en lo que se refiere a la génesis de su proceso. Para convencerse de ello no sólo tenemos el fracaso reiterado de la cura psicoanalítica sino la diversidad de causas y de evolución del desorden.

A causa de la manera como ha ejercido la especialidad, Freud ha tenido pocas oportunidades para estudiar debidamente casos de psicosis. Sin embargo, ha publicado algunos estudios importantes, particularmente en los primeros lustros de su producción. Aunque en un principio se inclina a considerar el proceso de algunas de estas enfermedades como psicógeno, tiende después a contentarse con limitar la psicogenia a los síntomas. En todo caso, es plenamente legítimo su criterio de estudiar el aspecto psicológico de toda en-

fermedad del cerebro que entrañe alteración de la actividad psíquica. El conocimiento de las psicosis endógenas, particularmente la esquizofrenia, justifica tal dictamen, no sólo desde el punto de vista científico de la constitución de la psicopatología, sino desde el práctico de la terapéutica. Hoy no se oculta a ningún psiquiatra que el contenido mental de la esquizofrenia no es sólo obra de la perturbación cerebral primaria, sino que revela considerable influencia de los acontecimientos del ambiente : la experiencia vivida en el presente y en el pasado configura actitudes y manifestaciones no sólo patoplásticas sino patogenéticas de síntomas, cuyo manejo psicoterápico es de no poco momento para el pronóstico y la curación.

Según Freud, las psicosis en general encarnan un conflicto entre el yo y el mundo exterior, salvo la melancolía. La amencia de Meynert correspondería de manera paradigmática a tal concepción. En este desorden de la mente el mundo externo resulta ineficaz o queda completamente extraño a la percepción del paciente; y no sólo desaparece para él la realidad exterior actual, sino también la pasada, pues no la evoca. El amente crea un mundo externo y un mundo interno nuevos, para su uso personal, siguiendo las incitaciones del ello. Este estado de cosas ocurre por haberse hecho la realidad ingrata al yo, y éste logra su deseo de evadirla, de anularla por haber denegado satisfacción a los deseos sexuales infantiles. Se trata de la fuga de la realidad a la psicosis; la situación intolerable de la denegación de los deseos no se puede desligar del conjunto del mundo de la percepción, entonces se niega también el mundo en una fuga de la realidad que es el refugio de lo ilusorio. La amencia de Meynert corresponde primitivamente a estados de confusión alucinatoria aguda y posteriormente es incluida en el cuadro de la esquizofrenia. Hoy el concepto se usa como sinónimo de confusión mental, síndrome frecuente sobre todo en los desórdenes mentales sintomáticos o exógenos. En todo caso, las explicaciones de Freud son inaplicables en lo que atañe a la génesis del proceso, plausibles sí como aspecto parcial reactivo del contenido de cuadros clínicos con perturbación de la conciencia de tipo exógeno, de la esquizofrenia etc. : dificultadas las funciones más diferenciadas de la mente, se producen actividades sin control de la percepción y el juicio, como en los sueños.

Freud aplica a la esquizofrenia su teoría general de las psicosis. En ella se muestra la propensión del yo a hacerse impermeable al mundo externo; por consiguiente, implica el rechazo de los

objetos externos de amor. La fijación que se reactualiza es la correspondiente a la fase autoerótica. De la misma suerte que una ameba retrae sus pseudópodos al contacto de un cuerpo peligroso, la carga libidinosa se interioriza en la esquizofrenia ante la vulneración de fuera. El desarrollo ulterior de la teoría psicoanalítica de la esquizofrenia se debe a discípulos de Freud, sobre todo a Jung. Lo que ha estudiado el maestro de manera muy penetrante es la formación de los sistemas paranoides. En la esquizofrenia la formación paranoide se inserta en un desgarramiento de las relaciones entre el yo y el mundo exterior. La interpretación freudiana de la paranoia y de los sistemas delusionales en general se basa principalmente en el célebre análisis de la autobiografía del magistrado Schreber. Lo peculiar a estos desórdenes de la mente resulta ser una fuerte inclinación homosexual, subconsciente, la cual despierta fantasías de la realización de los deseos correspondientes, contra las cuales se defiende el yo. A la inclinación homosexual enfrenta formaciones reactivas opuestas: a la atracción hacia las personas del mismo sexo opone el odio que, entrando en juego el mecanismo de proyección de lo interno al mundo exterior, se convierte en la idea de persecución. Así, en la paranoia persecutoria tendríamos este esquema del conflicto: lo subconsciente proclama "amo al hombre" — la conciencia reacciona con "no le amo, le odio" — la proyección trueca el "le odio" en "me odia", cuya consecuencia es: "soy perseguido por él". En la forma megalomaniaca los momentos son: "le amo" — "no le amo" — "me amo a mí mismo" — "todo el mundo me ama" — "soy un personaje superior". En la erctomaniaca: "le amo" — "no amo a él, amo a ella" — "ella me ama". En la mística: "le amo" — "no le amo" — "amo a Dios" — "soy su elegido". En la de celos: "le amo" — "no soy yo quien le ama" — "ella le ama". Nos hemos puesto en el caso que el enfermo sea varón; tratándose de una mujer, las cosas cambian **mutatis mutandis**. Esquemas tan escuetos como éstos no dan sino una imagen pálida de las ingeniosas interpretaciones de Freud, a las cuales no se puede negar un positivo valor. Por ejemplo, las formaciones reactivas de defensa y el fenómeno de proyección representan hallazgos inestimables. Pero, en los sistemas paranoides, como en el caso de la neurosis compulsiva, aunque interviene a menudo el instinto sexual, su papel no es el que le señala la teoría psicoanalítica. En algunos casos su manifestación es de primer plano, pero una investigación ahincada muestra que nunca es el

único instinto promotor del desorden, y nunca las cosas se presentan con la simplicidad de la construcción interpretativa de Freud. En el proceso psicopatológico de la paranoia y de las ideas paranoides desempeñan papel principal las tendencias egotímicas, y los factores que estructuran la dinámica del conjunto dependen estrechamente de alteraciones todavía no esclarecidas en otras esferas de la vida anímica, sobre todo de las funciones que atañen directamente a la conciencia del contacto con la realidad.

Freud considera la melancolía como una psiconeurosis narcisista por corresponder a una fijación autoerótica. El conflicto tendría lugar entre el yo y el superyo, con ventaja por parte del último. Esto explicaría las ideas de autopequeñez y de autoacusación. Además se actualizaría el instinto de muerte en su forma más directa, como tendencia a la autoaniquilación, al suicidio. Alguna vez, con mayor audacia, ha supuesto Freud que la psicogenia de la melancolía podía ser la pérdida de un objeto de amor : una persona a la cual está ligado el sujeto por un fuerte lazo libidinoso le ofende o provoca un desengaño, lo que conmueve la carga libidinoso orientada hacia ella. No se produce, sin embargo, la detracción del afecto a esa persona de modo que la carga libidinoso flotante busque otro objeto fuera, sino que se vuelve sobre el propio yo. Así se produce la identificación del yo con el objeto de amor perdido : la pérdida del objeto se trueca en pérdida del yo. De esta suerte el conflicto entre el yo y la persona amada se transpone en una discordia intestinal entre el yo crítico (superyo) y el yo identificado con el objeto de amor perdido. De ahí los reproches y demás síntomas que sufre el yo, como verdadera cabeza de turco. Todo esto no podemos reputar sino como ficciones ingeniosas, lo mismo que las patografías escritas por Freud, como la dedicada a Lionardo da Vinci, paradigma de ligereza interpretativa, que han encontrado infinidad de imitadores.

Nos queda por indicar la manera cómo encara Freud las perversiones sexuales. La explicación original es muy simple : las llamadas anormalidades del instinto sexual son sólo manifestación de tendencias normales en el desarrollo : el niño es polimorfamente perverso. Una falla en el desenvolvimiento de la sexualidad es causa de la fijación de uno o más de los instintos parciales. En lugar de unificarse y concentrarse para acabar por constituir el instinto genital, permanece o permanecen disociados del conjunto y sin sufrir represión eficaz ni sublimación. Conforme esto, la pervisión del

adulto es una manifestación de infantilismo libidinoso. La condición de esa persistencia sería el exceso de excitación sexual, de origen variable y dependiente de la constitución del niño. Sin embargo, no sólo esto decide la génesis de una perversión, sino la relación entre los diversos instintos parciales o componentes de la sexualidad en el proceso de la maduración. El propio Freud sostiene que esta derivación es simple, por lo menos para la mayoría de casos de perversión sexual. Inclusive las de apariencia más simple, como el sadismo y el masoquismo, aparte de que ofrecen con extrema agudeza la agresividad y la libidinosidad adunadas, son susceptibles de diversos condicionamientos. Distingue tres formas de masoquismo — erógeno, femenino y moral — cuya diferencia genética está determinada por los principios de la tendencia nirvánica (instinto de muerte), del placer y de la realidad. El primero entraña el sadismo primigenio que en último análisis es idéntico al masoquismo primario : en un caso el objeto de destrucción o daño es ajeno al sujeto, en el otro es el sujeto mismo. A la tendencia agresiva del instinto de muerte se unen excitaciones libidinosas determinadas y su fusión constituye el masoquismo erógeno. Existe además el secundario, resultante de la introyección (vuelta de fuera hacia adentro) del sadismo proyectado al padre en la situación edípica. El masoquismo femenino se relaciona con el complejo de castración y las fantasías anexas al mismo y a las situaciones características de la cohabitación y la preñez. El masoquismo moral tiene una relación aparentemente menos estrecha con la sexualidad, porque el mecanismo de su producción es más sutil : se trata de una sexualización de la moral, de un reavivamiento de complejo de Edipo o sea una regresión de la moral hacia el complejo de Edipo — proceso inverso al de la formación del superyo, órgano de la conciencia moral. En suma, el masoquismo moral viene a ser una forma de erotización del sentimiento de culpabilidad y el autocastigo correspondiente.

Otra perversión, la principal, estudiada con particular solicitud por Freud, es la homosexualidad. Con un sentido claro de la realidad, da un valor limitado a los caracteres somáticos, en contra de la tendencia reinante en sexología. Estos caracteres no implican factor determinante de la inversión, pues se presentan con cierta frecuencia en sujetos heterosexuales y faltan en casos de homosexualidad indiscutible. En lo psíquico distingue nítidamente dos factores : la manera de sentir el propio sexo y la clase de objeto

elegido (masculino o femenino). Estos elementos y el somático pueden combinarse de modo variable, sin que uno solo pueda considerarse determinante absoluto de la homosexualidad. Freud zanja también con tino la alternativa de si se trata de una desviación hereditaria o adquirida : la realidad ofrece una continua fusión y gradación de lo que representan tales conceptos en la etiología de la homosexualidad. Quizá si hace más concesiones de las que podría esperarse — y de las debidas — al sostener que la solución del problema del determinismo de la inversión es propia del campo de la biología. Afirma que el psicoanálisis sólo ofrece esquemas explicativos de mecanismos psíquicos que inclinan a un sujeto hacia la aberración sexual, y que tiene una base común con la biología al suponer la índole bisexual de todo ser, pero que no está capacitado para dilucidar la esencia de lo masculino y lo femenino. Está en lo cierto al propugnar la curabilidad de muchos casos de uranismo y tribadismo por la psicoterapia analítica. El análisis de casos apropiados le ha convencido de que, además de los mecanismos de fijación en el amor a la madre, en el narcisismo y en el complejo de castración, puede presentarse otro : las tendencias agresivas contra los hermanos del mismo sexo se hacen tiernas y se libidinizan, por efecto de la represión. Tal mecanismo es inverso del propio de la paranoia persecutoria, en que, según vimos, las personas amadas se vuelven odiadas. Su peculiar espíritu de sistema lleva a Freud demasiado lejos cuando sostiene que los instintos sociales en general son producto de la sublimación de las actitudes homosexuales de todo los hombres. Los invertidos con disposiciones sociales encarnan la anomalía de no haberse realizado de manera completa la separación de los sentimientos sociales de los inherentes a la elección de objeto de amor. Como se ve, la teoría freudiana de la homosexualidad, del sado-masocismo y — con estas desviaciones como ejemplo — de todas las perversiones sexuales, está muy lejos de corresponder a la simple fórmula inicial : la neurosis es el negativo de la perversión. La complicación de las últimas es tan grande como la de las primeras — y, en efecto, la experiencia enseña que muy a menudo la aparente perversión es una neurosis cabal. Lo dicho a propósito de la sexualidad en general nos releva de hacer aquí comentario crítico. En todo caso, en la esfera de las perversiones sexuales los conocimientos efectivos debidos a Freud superan con mucho a las debilidades de su especulación conjetural.

ANTROPOLOGIA EVOLUCIONISTA

Ciencia de lo mental, parte de la ciencia única, el psicoanálisis es capaz de aprehender la verdadera naturaleza del hombre, forjar una concepción del mundo y enseñar a la humanidad una técnica para el gobierno de su mejoramiento : el psicoanálisis como ritual de la religión del porvenir. De esta convicción está penetrada la doctrina de Freud. Inspirado por Darwin y Frazer y otros etnólogos devotos del evolucionismo positivista, se lanza a la empresa de iluminar con su método hermenéutico los secretos de la génesis y desenvolvimiento prehistórico de la humanidad, de reconstruir las escenas primarias del drama de la cultura, del nacimiento de las instituciones sociales, la religión, la moral y el arte. Le incitan a la tarea barruntos acerca del parentesco genético entre los mecanismos de las obsesiones de sus enfermos y el ceremonial religioso. La fe en la ley biogenética de Haeckel, según la cual el desarrollo individual repite, abreviada, la evolución de la especie, le ofrece la hipótesis de trabajo inaugural : aplicar la ley al dominio psicológico partiendo del complejo de Edipo descubierto en la mentalidad infantil de los neurópatas. Con este punto de partida podemos seguir el hilo de las ideas de tal psicoanálisis en grande. El totemismo, etapa de toda organización social primitiva, apareja la exogamia — tabú de incesto — y el tabú que defiende la vida del totem. Este último es sustituto del padre primitivo : los sentimientos tiernos y de reverencia que suscita el totem en el clan son indicio del arrepentimiento consecutivo al parricidio original. Si se ha llegado a consumir este que hoy llamamos delito, es a causa de los actos tiránicos que el poderoso padre de familia pone en práctica para lograr imponer su voluntad a los hijos con objeto de impedirles la satisfacción de sus deseos sexuales con la madre. La actitud ambivalente de la mentalidad primitiva ante la muerte, expresada en costumbres y ritos, no es comprensible sin el complejo de Edipo. El temor que inspiran los muertos, el afán de alejarse o defenderse del cadáver, la creencia que la muerte — aun la natural — es manifestación de castigo etc., son hechos que cobran sentido con la suposición del parricidio original. La muerte, el demonio y el canibalismo se enlazan en la mentalidad primitiva por virtud del deseo de extinción acicateado por el temor del castigo : devorar el cadáver del enemigo es aniquilar el demonio o espíritu que anima su cuerpo. El sacrificio del padre por los hijos ha sido y es aun

costumbre de varios pueblos; y se explica la acción de ingerir los restos, tanto por la superstición de que así las fuerzas del padre las incorpora el hijo, cuanto porque evita que sobreviva nada del padre capaz de vindicar su muerte. De esta manera se identifica el hijo con el padre, después de haberse identificado los hermanos, unos con otros, por tener común el objeto de amor homosexual. Esto entraña el pasaje de la organización social primitiva de la horda patriarcal a la liga o comunidad de hermanos. En ésta la costumbre de aplacar simbólicamente la malquerencia del padre muerto no logra acallar el temor de la venganza y el sentimiento de culpabilidad. En la mente de los hijos las cosas pasan como si el espíritu del difunto burlase todos los medios de aniquilación y, según la superstición animista, en tanto que enemigo impalpable e implacable continuase torturando a los vivos. En la mentalidad de los hijos la supervivencia demoníaca del padre sacrificado acaba por convertirse en el ideal de la comunidad de hermanos, constituyendo una nueva fuerza psíquica de coalición. Aun en las religiones de los pueblos más cultos el pecado original, el sacramento de la comunión y, lo que es más importante, la creencia en Dios son residuos del parricidio prístino y de las reacciones ulteriores del psiquismo salvaje.

La familia es el núcleo de acciones y reacciones determinante del proceso evolutivo que va del animal al hombre, del supuesto individualismo inconsciente a la sociedad estructurada por las influencias interindividuales; de las necesidades materiales privadas a la tradición formativa de instituciones y modos de existencia social. Lo que promueve la constitución de la familia es la necesidad de satisfacción genital continuada : el apremio masculino de no deshacerse de la mujer. Conspira también en el mismo sentido el deseo femenino de no separarse de los hijos, manteniéndose con ellos bajo el amparo del padre, cuya tiranía acabará por suscitar la liga de hermanos (hijos rebeldes) con el parricidio y sus consecuencias. Interviene asimismo, pero subsidiariamente, la utilidad de la colaboración en el trabajo para mejorar las condiciones de la vida. En todo caso, la satisfacción del amor genital es la verdadera promesa de felicidad. Mas no puede lograrse sino en la promiscuidad, imposible para la gran mayoría cuando progresa la sociedad, que desde su origen es represión exterior de las transgresiones sexuales. De esta manera el común de los hombres es obligado a renunciar a la libertad sexual. La consecuencia de semejante inhibición es que la libidinosidad se sublima en forma de amor al pró-

jimo. Transformación semejante sufre la agresividad instintiva : sus fines objetivos encuentran una barrera exterior, social. A la privación de la libertad sexual se agrega, pues, la pérdida de la libertad de agresión al prójimo, para explotarlo por su capacidad de trabajo, para apropiarse de él, humillarlo, martirizarlo y matarlo. Obstaculizada la exteriorización de la agresividad, se vuelve contra el propio yo : tal es una de las condiciones de la formación del superyo, que surge del yo y acaba por imponerle restricciones. La otra condición genética del superyo es la mencionada idealización del padre por obra del temor de la venganza y el sentimiento de culpa producidos a raíz del parricidio — delito inútil las más veces, pues al desaparecer el padre, el hijo más poderoso renueva la tiranía. Por virtud de los mecanismos psicológicos de identificación e introyección, las cualidades atribuidas al padre se constituyen en germen de la conciencia moral. El instinto genital desexualizado — gran paradoja — es el artífice de la domesticación del hombre, el domeñador de la agresividad : no pudiendo lograr sus fines naturales, el ansia de voluptuosidad se convierte en sentimientos tiernos, como cariño familiar, camaradería, amistad etc. En el curso de las generaciones la represión interindividual acaba por interiorizarse, deviene intraindividual, con la escisión y la psicomaquia correspondientes. En este juego de fuerzas los dos instintos fundamentales interactúan y se combinan de muchas maneras, con el predominio del sexual, ya como mantenedor y promotor de la vida, y no como asociado al de muerte para violentar a la hembra.

Freud considera la cultura hecha como el conjunto de adquisiciones del hombre en su lucha con la naturaleza, con dos aspectos principales : el de las instituciones al servicio de la distribución de los bienes y la regulación de las relaciones entre los individuos, y el del saber. Aunque la cultura es creada por el hombre y para el hombre, resulta opresora del individuo. De ahí que sólo una minoría se esfuerce en mantenerla. Los más le oponen resistencia porque obliga a privarse del incesto, el asesinato, el canibalismo etc. La sublimación substituye objetos y actividades psicofisiológicas por actos psicosociales; transforma el narcisismo primitivo en arte, el tabú en derecho, el temor de la venganza en moral y religión etc. Pero queda siempre en el fondo del alma la insatisfacción de los instintos originales, sobre todo el de muerte, pues el amor al prójimo que no puede servir de satisfacción a la libidinosidad es mandamiento impotente para sacrificar el instinto de agresión. Desti-

nada por la naturaleza para cebarse en los demás, la agresividad es fuente de tortura interior por causa de las barreras de la cultura. Respecto del instinto sexual, aunque reprimido por efecto de la cultura, es el promotor de la vida que se opone al de muerte y fomenta la cultura misma (a pesar de que ella impide sus manifestaciones directas y crudas). Sin embargo, Freud cree que en el hombre moderno la sexualidad decae no sólo por efecto de la cultura, sino por mengua biológica, como la dentadura y el cabello.

El hombre no puede ser feliz; angustiado frente a las fuerzas impersonales de la naturaleza y el comercio con sus congéneres, que vulneran su narcisismo, trata incesantemente de protegerse con tanteos y construcciones ilusorias que le den la impresión de seguridad y dicha. Las "representaciones religiosas" no tienen otro origen y otra entidad que éstos. Sirven para proyectar, en un acto infantil de defensa, los propios deseos y emociones en forma de un dios personal a imagen del padre, que parece omnipotente a los ojos del niño. La ficción de uno o varios dioses permite al hombre dominar los terrores inherentes al desconocimiento de la naturaleza, compensar los sufrimientos y tener resignación ante la muerte. En el fondo de toda religiosidad persiste como residuo ambivalente la actitud del hijo frente al padre, dominada por la necesidad de protección en el desamparo, como una mezcla de temor, admiración y cariño. La religión tiene toda la fuerza de estas propensiones arcaicas; por eso es una ilusión incorregible e indemostrable, sin ser irrefutable. Es la neurosis de la humanidad, preconditionada por la tragedia edípica origen de la cultura, neurosis regida por iguales mecanismos que la compulsiva de los individuos; por consiguiente, llamada a desaparecer con el progreso de la razón, de la misma manera que las obsesiones infantiles cesan comúnmente con el crecimiento. La profilaxis de esta neurosis es exponer la verdad nuclear de la religión, enmascarada en todos los credos por desviaciones y símbolos oscuros. Así como es contraproducente decir a los niños que vienen al mundo traídos por una cigüeña, aunque esta sea una verdad simbólica, así lo es presentar los acontecimientos originarios de la cultura con ropaje religioso. Esta verdad nuclear (psicoanalítica) de la religión aparentemente es para Freud tan averiguada y confirmada como el origen genital de los niños. El ilustre renovador de la interpretación positivista de la cultura confiesa que su dios es la razón, la razón del conocimiento científico de la naturaleza como mecanismo — cuyo triunfo, sin ilusiones o con ilusiones corregibles, está ya en marcha. Y no se detiene aquí,

sino que considera el espíritu científico como creador de una manera definida de comportarse frente a las cosas de este mundo, y propugna las prescripciones racionales basadas en la necesidad social, pues "un cambio real en las relaciones del hombre con la propiedad será de mayor ayuda que los mandamientos éticos".... Freud olvida y cae en contradicción con lo que él mismo proclama en los mejores tiempos de su actividad científica : "Cuán amenazado estaría nuestro estado de salud si debiera defenderlo el razonamiento y no los mecanismos psíquicos".

En su concepción evolucionista de la índole humana Freud revela su maestría para concatenar suposiciones relativas a hechos que desprende de sus efectivas condiciones y relaciones, en una construcción artificial que no carece de belleza y de fuerza sugestiva, con algo semejante al encanto de los mitos. Una mitología de la miseria carnal del hombre, de la decadencia del instinto, de la oblicuidad del devenir espiritual, de la eterna nostalgia de las sombras sin bulto, del retroceso sin fin. Aunque Freud se considera médico sólo por accidente, su teoría de la formación del hombre revela la dirección profesional de su mentalidad. El paradigma de su antropología evolucionista es la forma de vida descendente característica del neurópata, lisiado para la realización de valores positivos : la cultura es una neurosis del género humano, matriz de las neurosis individuales. En la explicación genética de la vida social no tiene cabida la virtualidad formal del ser del hombre ni la substancia del positivo devenir. Así como en el psicoanálisis individual desadvierte la persona misma —el yo que no es eco de la vida de relación, el yo que trasciende todo condicionamiento—, así también pasa por alto la cultura *ipsissima*, el espíritu que crea el acontecer histórico y las objetivaciones de la civilización. En este sistema de sólo *natura naturata* lo acontecido por el hecho de haber acontecido es una fuerza configuradora — no importa en él la determinación de lo que acontece por primera vez. No aceptado el cosmos del espíritu, la domesticación progresiva del hombre no resulta inteligible sin la herencia de los caracteres adquiridos, que no es sino una hipótesis. Se desprende de los argumentos freudianos que sin la represión, la sublimación etc., exclusivas de la especie humana, no es concebible la organización social. Sin embargo, la mayor parte de las especies animales tiene una vida de sociedad desarrollada, en algunas complejísima. Más aún, en las comunidades zoológicas la satisfacción del instinto sexual está regulada de manera perfecta, con sus reglas de juego y con eventuales luchas.

Si se acepta que esto se debe a la represión, cae por su base la teoría de Freud, que hace del hombre un ser contra natura. Y si se acepta que el funcionamiento de los instintos salvajes del animal se regula satisfactoriamente sin represión, ésta resulta una hipótesis innecesaria para el origen del hombre, ya que no hay razón para negar tal disfrute al animal prehumano. Examinando con crítica la obra de Freud se encuentra fácilmente otros paralogismos: la represión genera la sociedad y la sociedad es causa de la represión; la agresividad del superyo es experimentada por el yo como sentimiento de culpa y necesidad de castigo, y sin embargo, estas mismas experiencias afectivas son el origen del superyo; el arrepentimiento por el parricidio origina la moral etc., pero arrepentimiento y sentimiento de culpa son, por su esencia, morales desde la primera vez; el complejo de Edipo se explica por el mito de Edipo y el mito de Edipo por el complejo de Edipo etc. *

No se puede negar que la doctrina de Freud, orientada hacia lo turbio, travestido y calumnioso, no aquilata la frescura, la espontaneidad, el candor y la autenticidad de los actos anímicos del hombre, e incluso en los que le son comunes con los animales, como el instinto, sólo ve un hervor caótico de excitaciones, de apetitos ciegos y tendencias violentas de agresión. Realidad muy distinta nos revelan los naturalistas que dedican su existencia a inquirir objetivamente la vida de relación de los animales. Fabre, Wasmann, Buytendijk, Fischel, Russell, Alverdes, Vignon y otros ofrecen evidencia de la admirable fecundidad de recursos del instinto unida al orden regular de sus manifestaciones, la solidaridad harmónica con la biosfera que no excluye la iniciativa individual, la actividad industriosa aunada a la gracia del juego y la travesura; en una palabra, el encanto, la abundancia, la perfección, la sabiduría ínsitos de lo creado, por encima de la mecanización y la muerte.

El conde Keyserling nos refería que una vez se atrevió a preguntar al creador del psicoanálisis si amaba a los hombres, recibiendo por respuesta un rotundo "no". Réplica tan acerba es cifra del espíritu de oposición y ruina peculiar de la actitud intelectual del maestro, manifiesta como lado negativo en su obra, y en contraste con la generosidad infatigable que ha demostrado en servicio del género humano y con la cordialidad exquisita de su trato. La simpatía y la acción de un hombre corresponden a dimensiones de la vida anímica irreductibles al plano de su sistema de pensamiento — inclusive en el caso del gran catador de almas.

* No queremos repetir argumentos que hemos desarrollado en "La obra de Freud en el último decenio", *Actualidad Médica Peruana*, 1936, No 11.